

La página viva

El paseo de la bella Rosario

José de la Colina

A esa misma hora esperaba Rosario, bajo las enhiestas copas de la calzada de los Insurgentes, el momento de su cita con Aguirre. Era costumbre que duraba ya desde hacía más de un mes, por lo cual el esplendor de la siesta disponía de Rosario como de cosa propia. Paseaba ella de un lado para otro, y la luz, persiguiéndola, la hacía integrarse con el paisaje, la sumaba al claro juego de los brillos húmedos y de las luminosidades transparentes. Iba, por ejemplo, al atravesar las regiones bañadas en sol, en vuelta en el resplandor de fuego de su sombrilla roja. Y luego, al pasar por los sitios umbrosos, se cuajaba en dorados relumbres, se cubría de diminutas rodela de oro llovidas desde las ramas de los árboles. Los tejuelos de luz —orfebrería líquida— caían primero en el rojo vivo de la sombrilla; de allí resbalaban al verde pálido del traje, y venían a quedar, por último —encendidos y vibrátiles—, en el suelo que acababa de pisar su pie. De cuando en cuando alguna de aquellas gotas luminosas le tocaba el hombro hasta escurrir, hacia atrás, por el brazo desnudo y dócil a la cadencia del paso. Otras, en el fugaz instante en que el pie iba a apartarse del suelo, se fijaban en el tobillo, cuyas flexibilidades iluminaban. Y otras también, si Rosario volvía el rostro, se le enredaban, con intensos temblores, en los negros rizos de la cabellera.

Altornarse para mirar el cadillac de Aguirre, que ya se acercaba, un lucero se le detuvo en la frente. La sombrilla, salpicada de luce ros análogos, hizo entonces fondo a su bellísima cabeza y la convirtió un momento en virgen de hornacina. Sonrosándola, dorándola, la irradiación luminosa volvía más perfecto el óvalo de su cara, enriquecía la sombra de sus pestañas, el trazo de sus cejas, el dibujo de su labio, la frescura de su color.

Ignacio Aguirre la contempló a lo lejos:



Retrato de Martín Luis Guzmán pintado por Diego Rivera

trascendía de ella luz y hermosura. Y sintió, conforme se acercaba, algo vital, arrebatado, que de su cuerpo se comunicó al cadillac, y que el coche expresó pronto, con bruscas sacudidas, en la acción nerviosa de los frenos. Porque el chofer, que conocía a su amo, llegó a toda velocidad hasta el lugar preciso para que el auto se detuviera allí emulando la dinámica —viril, aparatosa— del caballo que el jinete raya en la culminación de la carrera. Trepidó la carrocería, se cimbraron los ejes, rechinaron las ruedas y se ahondaron en el suelo, negruzcos y olorosos, los surcos de los neumáticos.

Martín Luis Guzmán,
La sombra del caudillo.

* * *

En 1929, apenas publicada el año anterior *El águila y la serpiente* (su impetuosa epopeya entre memoriosa y novelesca que narra episodios de la Revolución en parte por él vivida en el bando villista), Martín Luis Guzmán, políticamente autodesterrado en Madrid, empezó a publicar, como folletín

del periódico mexicano *El Universal*, y luego en forma de libro (en el mismo año y en edición de la madrileña Espasa Calpe) su segunda y última novela, *La sombra del caudillo*, crónica ficcionalizada (y mejor estructurada que *El águila y la serpiente*) de acontecimientos ocurridos en el México posrevolucionario, particularmente durante la presidencia del caudillo Álvaro Obregón y dentro de una intriga entre el poder y la oposición (la oposición dentro del poder) que conduciría a la llamada *matanza de Huitzilac*.

Quienes leyeron *La sombra del caudillo* en las entregas de *El Universal* quizá se hayan asombrado de que el primer capítulo, de la que iba a ser una dura novela de trama a la vez policiaca y política, sea el relato del idilio galante del general Ignacio Aguirre con Rosario, la bella y fina señora retratada en una única, deleitosa y sublimadora estampa en que el juego de luces y el andar femenino, en la entonces muy aireada y elegante calzada de los Insurgentes, son captados por una prosa exquisita que, aun en su extraordinaria movilidad, fija un momento que se diría más apropiado para una novela más “romántica”, en la cual la sombrilla iluminada de Rosario figura una aureola para una ambulante efigie de hornacina. Pero la encantadora estampa es contrastada con el instante en que el deseo de Aguirre se continúa en el ímpetu del automóvil y en su salvaje frenazo ante el objeto del deseo viril. Un instante que acaso prefigura la violencia soterrada y luego manifiesta en que concluirá la novela. Es un momento narrado con un tono diríase que “proustiano”, y es una de las páginas a la vez más delicadas e intensas de la literatura narrativa mexicana. U